San Anselmo de Canterbury (o de Aosta)

(1033-1109)

Vida. Nacido en Aosta (Augusta Praetoria en el Piamonte) de noble familia longobarda. Tras ingresar al monasterio benedictino de esa misma ciudad, se dirigió al de Bec, en Normandía (1060), para seguir los pasos de Lanfranco de Pavía, de quien había sido discípulo. Enseñó en este monasterio en el que fue prior y luego, en 1093, fue nombrado arzobispo de Canterbury, sucediendo también a Lanfranco, continuando su labor de restauración de los monasterios ingleses, arrasados por la invasión danesa. La mayor y mejor parte de sus obras es fruto de sus treinta años de enseñanza en Bec.

Desplegó una actividad extraordinaria defendiendo el poder espiritual conforme a la normas de Gregorio VII. Esto le hizo enfrentarse con Guillermo el Rojo (1087-1100) y Enrique Beauclerc (1100-1109), teniendo que sufrir por dos veces en el destierro. Volvió a Inglaterra en 1106, donde murió en 21 de abril de 1109 [1] .

Obras. Dialogus grammatico; Monologium; Proslogion; De fide Trinitatis et de incarnatione Verbi; De processione Spiritus Sancti contra graecos; De veritate; Liber apologeticus contra Gaunilonem; De libero arbitrio; De casu diaboli; Cur Deus homo?; De conceptu virginali et originali peccato; De concordia praescientiae, et praedestinationis, et gratiae Dei cum libero arbitrio; Meditaciones y oraciones, la mayor parte espúreas, y un epistolario de 445 cartas muy interesantes en el aspecto doctrinal e histórico.

Carácter. Es la figura intelectual más eminente de su siglo y uno de los pensadores más profundos de la Edad Media. Ha sido llamado el último Padre de la Iglesia, el primer escolástico, padre de la escolástica. Prepara el camino para las grandes síntesis de los siglos XII y XIII, preludiando en sus escritos muchos de los grandes temas que desarrollará la escolástica posterior.

Es, después de Escoto Eriúgena, el primer pensador original de la Edad Media. Posee una formidable agudeza dialéctica. Una vez planteado el problema y propuesta la primera noción, sigue implacablemente hasta las últimas consecuencias. Pero no se trata de una dialéctica fría y puramente filosófica, sino caldeada por el fuego del amor y de la experiencia religiosa, siguiendo las huellas de san Agustín.

Su actitud ante la filosofía es una conclusión de las controversias entre partidarios e impugnadores de la dialéctica. Indirectamente, aquellos debates habían vuelto a plantear el problema de las relaciones entre la razón (ratio) y la fe (actoritas). San Anselmo adopta una posición armónica de equilibrio entre ambas, siguiendo la línea agustiniana. Contra los dialécticos exagerados afirma la supremacía y la absoluta suficiencia de la fe. En un orden jerárquico, lo primero es la fe, y después la razón. Lo primero es creer, y después entender. La fe es el punto de partida y la fuente de nuestro conocimiento. No se entiende para creer, sino que después de creer hay que tratar de comprender. La fe suministra las verdades, y la razón ayuda a entenderlas, explicarlas y corroborarlas con argumentos de orden natural [2] . Se inclina por el lema la fe que busca la inteligencia «Fides quaerens intellectum» [3] : «No pretendo entender para creer, sino que creo para entender» [4] . Es de los primeros en intentar razonar sobre la propia fe con el recurso a la lógica de su tiempo. Es una actitud legítima y válida en teología, la cual toma su punto de partida de los datos revelados aceptados por la fe y los va examinando, desarrollando y desentrañando en deducciones y conclusiones con ayuda de un método dialéctico racional. O si se quiere, tendríamos un caso de filosofía cristiana. Su obra De grammatico se considera una de las primeras obras de semántica medieval.

Por otra parte, frente a los antidialécticos, que repudiaban la ciencia humana, san Anselmo, siguiendo las huellas y el ejemplo de los Padres de la Iglesia, y en especial de San Agustín, defiende su utilidad para la explicación y comprensión de las verdades aceptadas por la fe. Así pues, es presunción anteponer la razón a la fe. Pero es negligencia desdeñarla porque ya se posee la fe. El orden que debe seguirse es el siguiente, en que cada cosa ocupa jerárquicamente el lugar que le corresponde: primero creer y aceptar los misterios tal como los propone la fe; y después, trabajar por explicarlos con ayuda de la razón. El resultado de este procedimiento es el intellectus fidei, la ratio fidei, con lo cual la fe cristiana se hace racional. La inteligencia de la fe es el grado más alto a que puede llegar el entendimiento humano antes de la visión beatífica.

Aparentemente, esta posición zanjaba la controversia entre dialécticos y antidialécticos. Pero quedaba abierta a un doble peligro. Primero, el de no distinguir suficientemente la razón de la fe ni delimitar bien los campos de la filosofía y la teología. No basta establecer un orden jerárquico: 1º, la fe, y 2º, la razón pues todo venía a quedar un poco mezclado en el ámbito del intelectus fidei. Y segundo, no se marcaba un tope al alcance de las especulaciones racionales en la inteligencia de los misterios de fe. Prácticamente, San Anselmo tiene una gran confianza en el poder de la razón. Busca razones necesarias para demostrar los misterios del cristianismo.

No obstante, sería exagerado considerarlo como un racionalista. Hay que tener en cuenta que San Anselmo no dispone todavía de los recursos filosóficos que tendrán a su alcance los teólogos del siglo XIII. Sus materiales se reducían poco más que a la dialéctica, y con ésta no pretende llegar a penetrar el misterio, lo cual equivaldría a suprimirlo, sino solamente llevar al incrédulo o a la simple razón sincera a aceptar su existencia y hacer ver su no contradicción. Por lo demás, declara expresamente que hay misterios inaccesibles a la razón, particularmente el misterio de la Trinidad [5] .

Pero la fama de San Anselmo se debe sobre todo a haber sido uno de los primeros en buscar argumentaciones sobre la existencia de Dios: en el Monologion [Soliloquio] presenta argumentaciones a posteriori, del tipo de prueba cosmológica, pero el más conocido de estos argumentos es el argumento a priori, que luego la tradición, a partir de Kant, llamó argumento ontológico, que propone en el Proslogion [Discurso]. La idea fundamental del argumento es que la noción de «ser perfecto» incluye ya la existencia de un ser perfecto, y a esto no puede oponerse ni siquiera el «insensato», que, según el salmo (Salmo 14,1) dice en su corazón: «Dios no existe».

[1] Cfr., Vita sancti Anselmo II 7, 72. En Obras Completas de San Anselmo (BAC, Madrid 1952, 1953) 2 vols.

[2] «Non ut per rationem ad fidem accedant, sed ut forum quae credunt intellectu delectentur» (Cur Deus homo? I, 1).

[3] Proslogion, I.

[4] «Neque enim quaero intelligere ut credam; sed credo ut intelligam. Nam hoc credo, quia, nisi credidero, non intelligam». (Ibid.)

[5] Cfr., Monologion 64.